

## *Iglesia de frontera, Iglesia sin fronteras*

A la de Tánger la hizo Iglesia de frontera la historia, la grande de los pueblos y la pequeña de cada uno de nosotros. Lo normal hubiese sido que esa frontera significase poco o nada en nuestras vidas de creyentes; pero el egoísmo, la arrogancia, la crueldad, la han transformado en valla con cuchillas, en barrera que se pretende infranqueable para los pobres, en cementerio de vidas jóvenes y de esperanzas legítimas. Y es esa perversión de la frontera lo que la ha instalado en el corazón de nuestra Iglesia: si alegrías y penas en una familia tienen que ver con el bien de cada uno de sus miembros, las de esta comunidad eclesial tienen mucho que ver con lágrimas y sueños de los pobres que malviven atrapados en la inequidad de las fronteras.

Permítaseme decirlo: si alguna vez has visto que unos jóvenes se disputan por hambre una lata de comida, desde ese día las noticias de los telediarios te resultarán una desviación de la atención, la emoción de los espectáculos un sarcasmo, el discurso de los políticos un ejercicio de cinismo, y la homilía dominical de muchos de nosotros un escandaloso ejercicio de olvido de la humanidad que sufre. El sufrimiento nos acerca a la verdad de la vida.

A la Iglesia la hizo sin fronteras el amor que la hizo Iglesia.

Ese amor la envió, ungida por el Espíritu Santo, a evangelizar a los pobres. Ese amor la hizo de todas las naciones y de todas las necesidades. Ese amor la quiso servidora del hombre.

No tiene fronteras el amor de Dios, no tiene puertas el corazón de Dios. De Dios y de la Iglesia solo se quedan fuera los que no quieran entrar, y aun esos, de una manera muy real, estarán siempre dentro, porque en Dios y en la Iglesia está siempre la pasión por recibirlos.

Lamentablemente y demasiadas veces, la Iglesia, cuerpo de Cristo, cuerpo del amor de Dios entre los hombres, olvida lo que es, olvida la misión que ha recibido, recorre caminos que su Señor no ha recorrido, y desfigura en sí misma hasta dejarlo irreconocible el rostro de Cristo.

Esa experiencia amarga de negación de nuestra identidad, debiera llevarnos cada día a mirarnos en el espejo que es Cristo Jesús.

En Jesús, Dios se ha acercado a los justos que esperaban el consuelo de Israel, y a los pecadores que habían perdido toda esperanza.

En Jesús, Dios se ha fijado en la humillación de su esclava la Virgen María, y se ha acercado a los humildes para enaltecerlos, a los hambrientos para colmarlos de bienes.

En Jesús, Dios se ha acercado a ti, a cada uno de tus hijos, y se ha hecho siervo de todos: agua para tu sed, pan para tu mesa, luz para tus ojos, samaritano compasivo para el camino en el que yacías abandonado y medio muerto.

En Jesús, Dios ha bajado hasta lo hondo de la condición humana e hizo suyos la debilidad del enfermo, la exclusión del leproso, el oprobio de la mujer, la infamia del criminal.

En Jesús, Dios ha quebrantado la frontera que se cerraba infranqueable entre el hombre, sometido a la muerte, y el árbol ya olvidado de la vida.

Si abandonamos el camino de la pobreza, el camino del servicio a los demás, el camino del no poder, el camino del abajamiento, el camino de la humanidad espoliada y herida, entonces dejamos de ser de Jesús —él nos dirá: «No os conozco»—, dejamos de ser su rostro vivo —nadie podrá reconocer a Jesús en nosotros—: ¡Dejamos de ser Iglesia!

Para nuestra confusión, demasiadas veces se nos encuentra cerca del poder y lejos de los pobres. En nombre de la verdad, y eterna como ella, mantenemos a la entrada de nuestra casa una barrera de clavos que impide la entrada a divorciados, homosexuales, herejes, cismáticos, disidentes, ateos... Con lo cual, en nombre de la verdad, hemos llenado de señalados, de disminuidos, de excluidos, los caminos del mundo. Y ni siquiera nos damos cuenta de que nos estamos excluyendo del reino de Dios a nosotros mismos.

La Iglesia es siempre Iglesia de  
frontera, que se mueve con agilidad en  
los espacios de la exclusión, de la  
inequidad, de los crucificados de la  
tierra.

Y ha de ser siempre Iglesia sin  
fronteras, madre de todos, amor que a  
todos se ofrece ancho y acogedor como  
el corazón de Dios.

(+ Santiago Agrelo. Obispo de Tánger)